

TLC: curando las heridas

Jonathan Elizondo O.

**Magíster en Filosofía
del Derecho**

En mi artículo anterior, comenté el trabajo titulado "TLC: las heridas del debate", donde Joaquín Trigueros León expone claramente su tesis mediante una "enmarcación" (framing).

Ahora bien, lo que más me llamó la atención no fue la enmarcación presentada por Trigueros, la cual me resultó, además de instructiva, muy útil. La conclusión fue la que hizo que quisiera escribir estas líneas. En el último párrafo del artículo se sostiene que: "El pueblo costarricense se vio envuelto en ese fuego cruzado tan cargado de desconfianza, falto de diálogo, lleno de deslegitimación y encasillamientos". ¡Por dicha! ¡Qué bien que seamos desconfiados y no mojigatos! ¡Qué bien que deslegitimemos y encasillemos cuando nos parece necesario! No recurrimos a la agresión física, no nos fuimos a la guerra. No, nos enfrentamos en el ambiguo campo de batalla de la argumentación, oral o escrita. ¿Falto de diálogo? Al contrario, ¡así son los verdaderos diálogos! Sólo los robots serían capaces de comunicarse sin emocionarse, sin dejar la moral inmiscuirse, sin tomar partido en las cuestiones políticas.

¿Cuál es el antídoto ofrecido por Trigueros para la tan humana condición de discordar? "Estudios empresariales contemporáneos de alto nivel se están orientando hacia la construcción de confianza, el desarrollo de la humildad y el saber pedir perdón". ¿Estudios empresariales!? Les falto un rubro: ser amansado y pasivo. ¡Qué solución! Confiemos nuestra moral política a la ética de mercado de empresas que desarrollan estudios de "alto nivel" (nivel ¿de qué?) para hacernos parte de un rebaño manejable que sepa no discordar y si lo hace, sepa disculparse.

Pues bien señor Trigueros discúlpeme pero no quiero aprender a disculparme. No me quiero disculpar cuando he defendido mis ideales y mi posición política. No quiero ser agua tibia, ni café con leche respecto a temas importantes. Soy de los que me gusta tener una posición formada, y soy de los que piensa que esas heridas que usted quiere sanar (me suena más a olvidar) son las que hacen las bases de un país democrático real, y no retórico. Ese humus cristiano que usted menciona ha sido el fundamento teórico para que pueblos enteros sean reprimidos y dominados en total silencio, sin siquiera dar derecho al berreo.

Me parece que fue Schlick, filósofo fundador del Círculo del Viena, que sostuvo que la Filosofía no nos da la solución, ella simplemente nos sitúa frente al problema, lo aclara, pero la elección es nuestra. El estudio al que se hace mención en el artículo es bueno por eso, nos muestra una realidad desde una perspectiva fría y seca, pero no debemos olvidar que la política es caliente y mojada. Es bueno porque nos enseña cómo funciona el juego político, pero cuando participamos en él igualmente debemos elegir. Y elegir nunca es una cuestión pasiva.

Ganó el Sí, y por muy poco y, precisamente por haber sido por tan poco, ahora les toca a los

del No velar porque las consecuencias nefastas que señalaban no sean tan nefastas, y a los del Sí demostrar que las cosas van a suceder como ellos tan arduamente defendieron. Pero para que este desenlace ocurra no esperemos un diálogo entre niños dándose la mano y jugando ronda, porque eso sólo pasa en los dibujos animados y no en la política (me parece mejor que así sea, porque son temas más delicados).

Yo personalmente ya elegí, y sigo eligiendo no quedarme callado ni olvidar las discusiones. ¡Que se discuta! ¡Que se contradiga! ¡Que se cuestione! A fin de cuentas ¿no es esa posibilidad la base de toda verdadera democracia?
